

CAPILLA ALFONSO

## CRISTOBALÓN

Tragedia rústica, de ambiente gallego, en dos actos y en prosa, original, estrenada en el TEATRO NACIONAL, de la Habana, la noche del 26 de abril de 1920, y en el TEATRO LARA, de Madrid, la del 15 de octubre del mismo año.

CAPILLA ALFONSO X

Puse toda mi alma en esta obra, y tanto como  
en la obra entera pongo en esta línea que dice

A PEPE LINARES RIVAS.

## REPARTO

De la Habana.

De Madrid.

<i>Sabela</i> .....		Carmen Jiménez.
<i>Monta n'a escoba</i>		Leocadia Alba.
<i>Piuca</i> .....	C. Ponce de León.	G. M. Sampedro.
<i>Marica e Media</i> ,	V. Alverá.	Pérez
<i>Una Mujer</i> .....	Ponce.	M. M. Sampedro
<i>Mujer 1.<sup>a</sup></i> .....	V. Alverá.	Rita Lozano.
<i>Una Rapaza</i> .....		Carmen Cuevas.
<i>Juana</i> .....		Elisa Méndez.
<i>Cristobalón</i> .....	Emilio Thuillier.	F. Hernández.
<i>Manolo</i> .....	J. Montijano.	J. Soler Mari.
<i>Lucas</i> .....		Salvador Mora.
<i>Cadaval</i> .....	F. Fuentes.	J. Espantaleón.
<i>Pacorro</i> .....		José Balaguer.
<i>José</i> .....		Miguel Gómez.
<i>Gerardo</i> .....		Federico González.
<i>Plácido</i> .....	J. Pacheco.	José Mora.
<i>Antonio</i> .....	C. Muro.	J. Velázquez.
<i>Mendigo</i> .....	C. Muro.	Amiach.

*Mozas y Mozos.*

ÉPOCA ACTUAL

DERECHA E IZQUIERDA, LAS DEL ACTOR

SE SUPLICA NO DAR ACENTO

## ACTO PRIMERO

La ermita de San Benito, en Mircoin (Anceis-La Coruña),  
En un muro lateral hay un agujero practicable y capaz para  
personas de mediana corpulencia. Arboles y campo. Es en  
agosto, por la mañana.

### ESCENA PRIMERA

PLÁCIDO y otros DOS MENDIGOS, en el pórtico. MARICA E MEDIA.  
otra pobre, sale de la ermita.

MARICA.—Buenos días todos.

MENDIGA.—Buenos nos *dea* Dios. ¿En qué van  
os oficios, *ti*, *Marica e media*?

MARICA.—¡Van en el rayo que te parta!

PLÁCIDO.—No *pelearoos*...

MARICA.—¿Es que no tengo nombre?

MENDIGO.—*Tés, muller, té.*

MARICA.—Pues que me llame por él.

MENDIGA.—Tiene razón, doña María. Disimule  
de esta vez...

MARICA.—Bueno...

MENDIGA.—¿Estará llena la ermita?...

MARICA.—Llena que no da respiro. ¡Le hay mucha devoción a este San Benito milagroso!

PLÁCIDO.—Y no hay que pelearse, que con el enfado *vais perder* las indulgencias..., y *más puede* que *vos* entren los demonios, que hoy andan sueltos buscando cuerpos donde meterse.

MARICA.—¿Pero *ya le es* verdad eso del todo, señor Plácido?

PLÁCIDO.—¡Y no ha de ser, empecatada!

MARICA.—No se lo niego, que yo le creo mucho, mucho...; pero créemelo todo, todo..., ¡háceseme cuesta arriba!

PLÁCIDO.—Porque no discurre con la cabeza. ¿Es verdad o no es verdad que hay poseídos?

MARICA.—¡Eso quién lo duda!

MENDIGA.—¡Ni los herejes!

PLÁCIDO.—¿Es verdad o no es verdad que pasando hoy por ese agujero y escuchando después toda una misa de rodillas, San Benito hace salir los demonios del cuerpo?

MARICA.—¡Ni qué decir de verdadero que es!

PLÁCIDO.—Bien. Y si salen, ¿a dónde van?

MARICA.—Al infierno otra vez.

PLÁCIDO.—¡No son tan bobos!

MARICA.—Y luego, ¿a dónde?

PLÁCIDO.—Van a buscar otro cuerpo de persona que esté en pecado y por allí se cuelan tan a gusto.

MENDIGA.—(Persignándose.)—¡Jasús me valga, amén!

MARICA.—También *le* hay endemoniados que no fueron pecadores.

PLÁCIDO.—También, sí, señora; pero éstos son los que tocaron en la carne de algún poseído. Los demonios, cuando el mayor les da licencia para entrar en una persona, pueden pasearse por toda ella, pero sin salir del cuerpo. Y cuando otra persona toca carne con carne, le da la mano, por ejemplo, entonces se hace puente de carne y el demonio pasa de una a otra si quiere.

MENDIGO.—Por eso mandan que no se toque a ninguno.

MENDIGA.—Por eso.

MARICA.—¿Y ya es tal como lo dicen?

PLÁCIDO.—*Talmente*. Lo he visto yo en Lugo, a la puerta de Nuestra Señora de los Ojos Grandes. Fué a entrar una vieja, y los demonios, de rabia, tiraron con ella al suelo.

MENDIGA.—¡Mucho pueden!

MENDIGO.—*Muchísimo*.

PLÁCIDO.—Un buen señor, sin saber que era poseída, le dió la mano para levantarla..., y de *seguidita*, pero de *seguidita*, el buen señor empezó a gritos y a saltos y a echar espuma..., y la vieja quedó salva y tranquila.

MARICA.—Y de aquélla, ¿usted lo vió?

PLÁCIDO.—Con mis ojos. El señor era uno de Padrón, que le llamaban don *Ugenio*..., y no hubo médico que le acertara después!

MARICA.—*Médecos, médecos...*, déjeme a mí de *médecos*, que no saben una patata!

PLÁCIDO.—Ni media tampoco. A uno que tenía *itiricia*, de ese mal que deja amarillo, le gastaron los miles comprando una cosa que le llaman *mirame-tropina...*, que yo mismo se la llevé dos veces de La Coruña..., ¡y como si no! Hasta que se dejaron de boberías y fueron en peregrinación a la Esclavitud.

MARICA.—Y entonces curó.

PLÁCIDO.—No sé..., porque no lo volví a ver. Pero no hay duda que las enfermedades las da Dios y no las van a quitar los hombres.

MARICA.—Mucho sabe usted, señor Plácido...

PLÁCIDO.—De años que uno tiene y de correr tierras. Aquí donde me veis, he pedido en todas las catedrales del reino de Galicia, y más en la de León y en la de Burgos..., y con la gente que va por las catedrales... ¡se pega sabiduría, aunque uno no sea nada!

## ESCENA II

Dichos; UNA MUJER, que entra de rodillas, con una muchacha, que trae una figurita de cera.

MARICA.—Mire, mire...

PLÁCIDO.—Uno más que viene hoy a cumplir promesa.

MARICA.—¿No será enferma?

PLÁCIDO.—Es sana, que trae exvoto.

*Adelantando a ella.*

San Benito mire por la doliente.

UNA MUJER.—Ya miró. Para dos años van que hizo el milagro y por tres más he de venir arrodillada desde Altamira.

PLÁCIDO.—*Le hay* su buena legua...

UNA MUJER.—Mis rodillas lo saben, que en llaga vienen; pero el corazón rebrinca de contento.

PLÁCIDO.—Bien hace en los dos haceres, que es ley agradecer. Y no se olvide de los pobres, que pobre fué San Benito, y siendo ya rector de su Rectoral empleábase por humilde en los menesteres más bajos. Y ahora está en la gloria, y allí nos lleve a todos si de ello es bien servido, amén.

UNA MUJER.—Dales limosna, Maruja. Y recen por mí...

PLÁCIDO.—Ahora mismo ha de ser.

*Mutis por la ermita* UNA MUJER y MARUJA. *Los mendigos, que la ayudan a caminar, entran también.*

## ESCENA III

LUCAS y PACORRO, que vienen por la izquierda, silenciosos y cariacontecidos.

LUCAS.—¿De manera que has visto al Manolo?

PACORRO.—Y más a otros de Cambre.

LUCAS.—Pues lo dicho. Volver las espaldas y salir a buen paso en cuanto caiga la noche.

PACORRO.—Es una vergüenza, Lucas.

LUCAS.—Es, Pacorro. Pero quedarse, también es vergüenza... y encima palos. Suma... y tú dirás.

PACORRO.—Lo que digo es que si el Cristobalón quisiera, los de Oleiros *mallábamos* pronto en las costillas de los de Cambre.

LUCAS.—Sí que les pegábamos pronto, sí...; pero Cristobalón no quiere. Ya sabes cómo es...: mucha fuerza, que no hay hombre que le iguale; mucha alma en los peligros, que ya lo probó cuando el fuego de la iglesia y cuando se escapó de la jaula aquel oso que traían los de Asturias y que Cristóbal lo ahogó con las manos nada más. ¡Y aun reía cuando lo ahogaba, llamándole flojo y cobarde!... ¿Te acuerdas?

PACORRO.—Ya *acuerdo*, ya. Pero con hombres no pelea...

LUCAS.—*Acuerda* otra vez, Pacorro. La noche de la Pastoriza, hará cuatro veranos éste, porque Juan del Burgo le faltó de tocamientos a la Sabela..., pues lo cogió del cuello y de los calzones, salva sea la parte..., y lo tuvo por fuera del puente no sé cuántos minutos, que si la Sabela y todos no le suplicamos, a la ría del Burgo tira con él.

PACORRO.—Lo contaron.

LUCAS.—Y yo lo vi como te veo. Cuando lo tenía en el aire, y Juan pataleaba y blasfemaba que mismo era un espanto, Cristobalón aun se refa... diciéndole:

«Vaya, hombre, que pesáis bien poco tú y tus canalladas...»

PACORRO.—También contaron eso...

LUCAS.—Y después aquel hombrón y aquel metemiedos, para llevar en brazos a la Sabela, que se nos desmayara..., ¡pues no sabía por dónde cogerla, y se le caían las gotas de sudor como si llevase auestas un carro con yunta y todo!

PACORRO.—Pesa mucho una mujer, Lucas.

LUCAS.—Una mujer, no; un amor, sí...

PACORRO.—Pues con la Sabela no fué a muy felices.

LUCAS.—Por eso que te digo. Con toda su fuerza y con todo su coraje no pasa de ser un bobalicón, porque no se atreve a declararse y se pone colorado cuando ellas le hablan...

PACORRO.—Es simple de más.

LUCAS.—Y todas se le cansan de aguardar. La Sabela también se le cansó, aunque gustaba de él... Eso con las mujeres, y con los hombres no se mete con nadie, porque tiene miedo..., miedo de ahogarlos como al oso.

PACORRO.—Es buena lástima que no tenga el ánimo de peleas, porque habíamos de tomar un desquite que sonara..., ¡y realmente ya es mucho pegar el que nos peguen en todas las romerías!

LUCAS.—Y algunos domingos sueltos...

PACORRO.—¿Y si le pincháramos de firme en el genio?

LUCAS.—Como si pincharas en algodón.

PACORRO.—¡Qué lástima, Lucas!

LUCAS.—¡Qué lástima, Pacorro! Pero no le hay compostura contra de esos genios apagados.

#### ESCENA IV

Dichos; MANOLO, por la derecha.

MANOLO.—Buenos días los hombres de Oleiros.

LUCAS.—(Que se intranquilizó; sonriendo.)—Buenos para los de Cambre, Manolo.

MANOLO.—Y buenas noches.

PACORRO.—Aun es temprano para eso...

MANOLO.—Para mí, no. Por mucho día que sea estoy pensando ya en la noche, que es cuando uno se divierte de veras con las rapazas, que siempre las hay..., y con los hombres, aunque a veces no los hay por estas aldeas.

LUCAS.—No sé para qué vienes ofendiendo, Manolo, que nadie te dijo cosa mala hasta lo de ahora.

PACORRO.—Nadie.

MANOLO.—¿Es mentira lo que dije?

LUCAS.—La suerte no va siempre con la misma cara.

MANOLO.—Entonces... ¿de anochecido probamos a ver?

LUCAS.—¿Y no te irá mejor el divertirse en paz, ya que ninguno te lo priva?

MANOLO.—¿Os da por mansiños? Bien. Como

querades... Vaya, buenos días los hombres de Oleiros...

*Mutis por la izquierda.*

LUCAS.—Buenos días a los de Cambre.

PACORRO.—¡Es una vergüenza, Lucas!

LUCAS.—Regular...

PACORRO.—¡Ay si Cristobalón quisiera!...

LUCAS.—¡Habían de comer tierra esos cochinos! Pero no quiere...

PACORRO.—¡Qué lástima, Lucas!

LUCAS.—¡Qué lástima, Pacorro!

#### ESCENA V

LUCAS, PACORRO; por la izquierda, MUJER 1.<sup>a</sup>, CADAVAL y la RAPAZA.

MUJER 1.<sup>a</sup>—Anda, rapaza, anda, que *agora* vas a ver el fin de tus males.

CADAVAL.—Anda, hija...

RAPAZA.—(Con su escapulario.)—¡No puedo! ¡Parece que me *arrempujan* para atrás!

CADAVAL.—Son los enemigos, que se defienden; pero ya no les vale.

RAPAZA.—¿Y curaré, *miña nai*?

MUJER 1.<sup>a</sup>—Curarás, *filliña*. Anda a pasar pronto por el agujero.

RAPAZA.—¿Y se irán los demonios de mi cuerpo?

MUJER 1.<sup>a</sup>—Todos; *filliña*, todos. Ven...

RAPAZA.—¿E *vou* a entrar de cabeza?

CADAVAL.—¡Claro!

RAPAZA.—¡Se me van a ver *as pernas, miña nai!*

MUJER 1.<sup>a</sup>.—¿Quién repara?

RAPAZA.—*Aquelos homes.*

MUJER 2.<sup>a</sup>.—*Non fagas caso.*

RAPAZA.—Dígales que no miren.

CADAVAL.—Eh..., *vostedes...*, fagan favor de no mirar, que le da reparo vergonzoso a la rapaza.

LUCAS.—(A PACO.)—Se ve que es nueva la *po-bríña...*

RAPAZA.—Miran mucho...

MUJER 1.<sup>a</sup>.—No te apures, que yo cuidaré de *las faldas.*

CADAVAL.—¡Anda de una vez!

RAPAZA.—No voy caber, que el *burato* es muy pequeño y yo tengo cosas bastante grandes.

MUJER 1.<sup>a</sup>.—Aguanta un poco, que es por la *salú.*

RAPAZA.—(Llorando.)—¡Ay, que no puedo!

CADAVAL.—Vamos verlo.

MUJER 1.<sup>a</sup>.—Entra sin miedo.

CADAVAL.—Entra, *filliña.*

RAPAZA.—(Chillando.)—¡Ay, Dios mío!

CADAVAL.—¡Empuje, comadre!

MUJER 1.<sup>a</sup>.—¡Ya empujo, ya!

RAPAZA.—¡Ay, que me matan!

CADAVAL.—¡*Dea firme*, que es por su bien!

MUJER 1.<sup>a</sup>.—¡Doy firme, doy!

RAPAZA.—¡Ay, que muero de esta!

CADAVAL.—¡Empuje, comadre!

MUJER 1.<sup>a</sup>.—¡¡Ahí va!!

*Entra por fin.* MUJER 1.<sup>a</sup> y CADAVAL *mutis rápido por la iglesia.*

LUCAS.—Pues no tenía razón para esconderlas tanto, que están muy bien hechitas...

PACORRO.—Bastante bien hasta donde se alcanzó...

*Llamando.*

*Ou, tú, Cristobalón...*, ven con los amigos.

## ESCENA VI

LUCAS, PACORRO; CRISTOBALÓN, por la izquierda.

CRISTÓBAL.—Ya vengo...

LUCAS.—No hay motivo para apartarse, que los hombres te aprecian y las mujeres te dan buena cara.

CRISTÓBAL.—La que tienen.

LUCAS.—Eso desde luego..., y además algún mirar y algún reírse, que si tú quisieras entenderlo...

CRISTÓBAL.—Malicias vuestras.

LUCAS.—La Piuca, la del Mesón, te bebe los aires.

CRISTÓBAL.—No sé...; pero aun estando sabedor, como yo no voy casarme con ella, no la puedo mirar.

PACORRO.—¿Por eso?

CRISTÓBAL.—Hay quien lo hace, ya lo sé; pero esos son malos hombres.

LUCAS.—¡Válgame Dios, qué fraile se ha perdido la frailería!

CRISTÓBAL.—Tampoco va la verdad por ese camino. Es que a mí no me apeteecen todas.

PACORRO.—Y con la del gusto no te mueves...

CRISTÓBAL.—Mientras no sepa si corresponde o no corresponde...

LUCAS.—¿Cuántos siglos llevas en averiguarlo?

CRISTÓBAL.—Os suplico que no habléis de eso...

LUCAS.—Pues de otra cosa: ¿Vienes hoy con nosotros de parranda? No echas la disculpa del trabajo, que una noche se pasa bien el molino sin el molinero, y por un ferrado de maíz que te llevarían ya pueden aguardar una fecha más.

CRISTÓBAL.—No digo que no puedan...; pero hoy *dispensaredes*.

PACORRO.—¡Ya es hasta un avergonzarse, hombre, que siempre hurtes el cuerpo a los palos!

CRISTÓBAL.—Y ¿para qué los buscáis vos?

LUCAS.—Si no somos *nos*, que son ellos. Ahora mismo andaba el Manolo desafiando y más insultando... ¡Que se le caen a uno los ojos al suelo, hombre!

PACORRO.—Y si tú fueras como debías ser, no se iba el Manolo a las Américas sin llevar las señales de tus manos, que las tiene muy ganadas, ¿eh?, pero muy ganadas.

CRISTÓBAL.—¿Por qué?

LUCAS.—Porque se burla de ti.

CRISTÓBAL.—A espaldas de uno, la burla no es nada.

PACORRO.—¿Nada?

CRISTÓBAL.—Nada, Pacorro.

LUCAS.—Tus razones tendrás para *tantísima* paciencia con ese burlador.

CRISTÓBAL.—Lo que no tengo es ninguna para buscarle pelea..., y tontamente no voy contra él ni contra nadie.

LUCAS.—Ya te lo dije de primeras: es pinchar en algodón. Bueno, ¿vienes para la ermita? Andaremos junto de las mozas..., a darles unos pellizquitos, que hoy aunque chillen las toman por endemoniadas

CRISTÓBAL.—Eso está muy feo, Lucas.

LUCAS.—¿Feo? Vaya, vaya; tú eres como el arroz con leche: ni sopa ni postre.

CRISTÓBAL.—Pues no deseo cambiar.

LUCAS.—Allá tú. Púdrete por donde quieras. Vamos, Pacorro...

PACORRO *señala a SABELA, que viene por el foro.* CRISTÓBAL *mira también.*

PACORRO.—(*Aparte a LUCAS.*)—¡Parece mentira, Lucas!

LUCAS.—¡Mentira parece, Pacorro! Pero en estas cosas de hombres y mujeres, las mentiras salen siempre verdad...

PACORRO.—Por mí que le salgan...

*Mutis los dos por la ermita, riéndose y cuchicheando.*

## ESCENA VII

CRISTÓBAL y SABELA.

SABELA.—Buenos días, tú.

CRISTÓBAL.—Muy buenos, Sabela. ¿Vas para la Misa?

SABELA.—(*Deteniéndose.*)—Voy. ¿Y tú?

CRISTÓBAL.—Más tarde.

SABELA.—Adiós, entonces.

*Marcha.*

CRISTÓBAL.—Adiós, ¡Sabela!

SABELA.—(*Volviéndose, sorprendida.*)—¡Qué Cristóbal!

CRISTÓBAL.—¿Saldrás presto?

SABELA.—Cuando acaben.

*Avanzando, afectuosa.*

¿Querías algo?

CRISTÓBAL.—(*Retrocediendo.*)—No..., no..., nada.

SABELA.—Si es cosa en que yo te valga, dila sin reparo, que agradecida estoy siempre.

CRISTÓBAL.—No fué nada aquello.

SABELA.—Para mí fué muchísimo. Y después del favor, tus palabras de amistad y el juro de valerme siempre... ¡No lo olvido, no, que en el alma lo llevo!

CRISTÓBAL.—Cuatro años van... Ponlo a prueba... y te parecerá que lo he jurado ahora mismo!

SABELA.—Ya lo sé. Y confío tanto en tu promesa, que no le tengo miedo a nada de este mundo sólo

por saber que cuento contigo. Me vería entre llamas, mar adentro me llevaría la mar..., y aun no desesperaba si tú conocías mi peligro.

CRISTÓBAL.—Segura puedes estar, Sabela. Como lo dije, te lo repito. Has de mandarme fatigas, y fatigas pasaré; mandarásme condenaciones, y en menos que lo digas, condenado has de verme y muy a gusto.

SABELA.—Ya lo sé, Cristobaliño.

CRISTÓBAL.—¡Y mala centella me coma si no me dejo hacer pedazos por una voluntad que sea de ti!

SABELA.—Yo no te he de pedir nunca ningún mal.

CRISTÓBAL.—Pues de eso viviré yo bien...

SABELA.—Así te lo deseo con todo mi buen cariño para ti, Cristóbal.

CRISTÓBAL.—Dios te pague esas palabras, Sabela. Yo no te las sé decir iguales porque... ¡porque no sé! Me pesan más las palabras que las piedras..., y cuando creo que tiran a herirme, ya no puedo ni responder de pena y de congoja. Yo vi una vez a un hombre que cayó a tierra por una mala palabra de mujer..., y en mucho rato no se levantó. No podía con el peso de aquella mala palabra...

SABELA.—Yo no te las digo nunca...

CRISTÓBAL.—Por eso te doy las gracias.

SABELA.—No las merece. Bueno, ¿qué?... ¿Pídesme algo?

CRISTÓBAL.—¡No, no!... ¿Saldrás pronto?

SABELA.—De eso ya te dije el qué.

CRISTÓBAL.—Pues de aquí a luego, Sabeliña.

SABELA.—A cuando quieras, Cristóbal.

*Mutis por la ermita.*

CRISTÓBAL.—(*Rabioso consigo mismo y golpeándose.*)—¡No puedo hablar!... ¡No puedo! ¡¡Maldito sea yo mismoll ¡Yo! ¡Yo! ¡¡Yo!!

### ESCENA VIII

CRISTOBALÓN, LUCAS, PACORRO y JOSÉ, de la ermita.

LUCAS.—¡Eh, Cristobalón! ¿Has oído el rebullido? Pues quedan tres o cuatro mozas chillando que se las pelan...; pero la que más *berraba* era la Eufrasia.

JOSÉ.—¿La Eufrasia? ¿La tabernera?

PACORRO.—¿Pellizcaste a una vieja, Lucas?

LUCAS.—¡Engañóme, Pacorro! Como tiene la figura tan preciosa y tan bien movida, creí que era una rapaza y le largué un pellizquito *suavito*, de esos de me le gusta usted...; ¡pero al volver la cara y mirarme!...

PACORRO.—Rabiosa, claro.

LUCAS.—Peor que rabiosa... ¡Agradecida! ¡Me dió un coraje! Y entonces le aticé un pellizco revirado, de esos de veras y para hacer daño.

CRISTÓBAL.—Otra barbaridad.

LUCAS.—Todo te parece malo... ¡Caray!

### ESCENA IX

Dichos; por la izquierda, MONTA N'A ESCOBA y una muchacha con muletas. CRISTÓBAL entra en la ermita y sale luego.

JOSÉ.—¡*Mirade* quién viene!

LUCAS.—¡Monta n'a escoba!

JOSÉ.—¡La *meiga*

PACORRO.—¡La bruja! ¿Para la ermita?

JOSÉ.—¡Vaya!

LUCAS.—¿Y la vamos a dejar, para que nos traiga desgracia? Yo no.

JOSÉ.—Ni yo.

PACORRO.—Ni nadie.

LUCAS.—(*Adelantando.*)—Oye, *meiga*... ¿A qué vienes tú aquí?

MONTA.—*Meiga* lo sería tu abuela, desvergonzado. Y venir vengo porque la casa de Dios tiene puertas para todos.

PACORRO.—Para los sapos, no, que el sacristán los echa.

MONTA.—Pues si los echa, es que ya entraron..., y el sacristán hace lo que no quiso hacer Dios.

LUCAS.—Tú eres peor aún, por bruja.

MONTA.—¡Yo bruja!

JOSÉ.—¡Y tanto!

MONTA.—(*Riendo.*)—¿Condenada ya para la otra vida?

LUCAS.—Naturalmente.